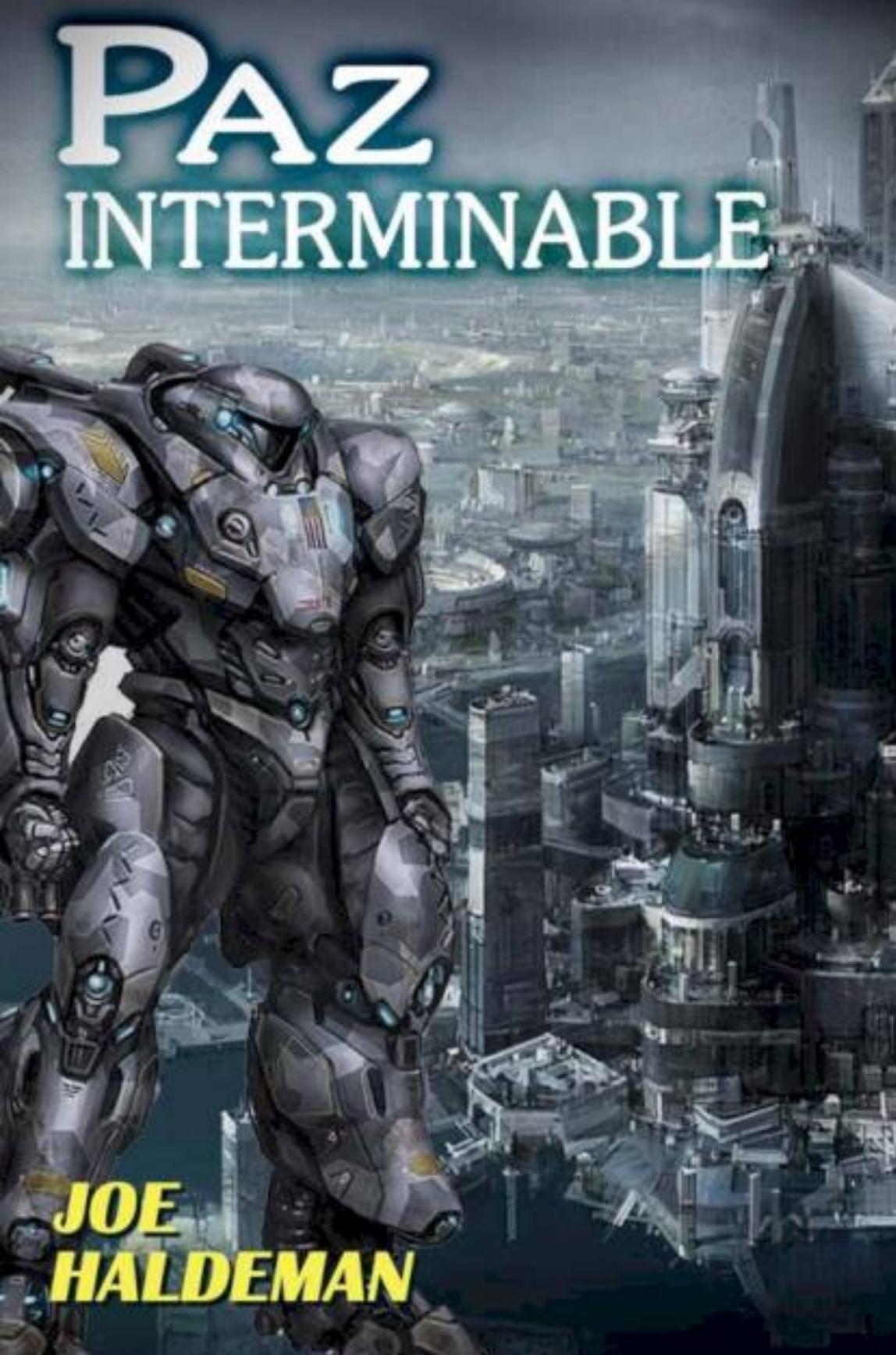


PAZ INTERMINABLE

A large, detailed mecha robot, resembling a Gundam, stands in the foreground. It is a dark grey color with blue and yellow accents. The robot has a complex, multi-jointed design with visible armor plates and mechanical details. In the background, a futuristic cityscape is visible, featuring tall, slender buildings and a prominent, large, cylindrical structure that looks like a space station or a large industrial building. The overall scene is set against a dark, atmospheric sky.

**JOE
HALDEMAN**

PAZ INTERMINABLE transcurre en la Tierra en un futuro cercano, cuando el viaje espacial no es todavía algo cotidiano y el Primer Mundo ha alcanzado un bienestar físico casi increíble gracias a la nanotecnología, concretamente gracias a algo llamado «nanofragua», que es, en esencia, «la máquina para todo»: una máquina que hace todo lo que uno desea siempre que disponga de las materias primas. El Primer Mundo no permite que esas nanofraguas salgan de sus fronteras y el Tercer Mundo sólo accede a ellas a cambio de seguir una política obediente y amistosa. Y por eso hay un buen puñado de guerras: más de cien países se hallan envueltos en insurrecciones activas a causa del enorme desequilibrio económico del mundo.

Sin ser la continuación directa de LA GUERRA INTERMINABLE (premio Hugo, Nébula y Locus), esta novela es una versión actualizada de la misma, planteada ahora como una interesante y nueva exploración del tema de la guerra a la luz de lo que puedan aportar las nuevas tecnologías y, en concreto, la nanotecnología.

Esta novela es para dos editores:
John W. Campbell, que rechazó un relato porque
consideraba absurdo escribir sobre mujeres ameri-
canas que luchaban y morían en combate, y Ben
Bova, que no opinaba lo mismo.

PRESENTACIÓN

Anunciada hace ya un par de años, llega por fin a nuestras manos esta PAZ INTERMINABLE (1997), de la que les hablaba en mis presentaciones de las novelas con las que Joe Haldeman se incorporó a NOVA: EL ENGAÑO HEMINGWAY (1990, NOVA ciencia ficción, número 75) y COMPRADORES DE TIEMPO (1989, NOVA ciencia ficción, número 76). Tal y como decía entonces:

En la visita de los Haldeman a Barcelona en 1994, supe que Joe estaba trabajando en su nueva novela. Según tengo entendido, su título podría haber sido *The Everything Machine* y, entre otros, aborda el tema de la nanotecnología. El editor norteamericano parece haber sugerido el cambio de título a ese *Forever Peace* (PAZ INTERMINABLE) que, evidentemente, recuerda el primer gran éxito de Joe Haldeman, *LA GUERRA INTERMINABLE*, con el que obtuvo los premios *Hugo*, *Nebula* y *Locus* en 1975. Estoy convencido de que Haldeman se superará a sí mismo en esta nueva novela y a ella les remito en un futuro cercano. Los veinte años transcurridos desde *LA GUERRA INTERMINABLE* no han pasado en balde. Haldeman ha madurado y mejorado, si cabe, como escritor.

Gay Haldeman me confirmó que haber obtenido el contrato por los derechos de la edición española de PAZ INTERMINABLE antes de la aparición del libro era un hecho

insólito en la carrera de Joe, al menos en lo que a derechos para la edición de sus obras fuera de Estados Unidos se refiere. Ambos, Joe y Gay, estaban orgullosos de ello.

Debo decir que también era la primera vez que NOVA adquiriría los derechos de una obra de ciencia ficción sin que yo hubiera leído antes la novela en su versión definitiva. Sin embargo, las conversaciones mantenidas con Joe sobre la obra que estaba escribiendo, sus comentarios sobre esa prodigiosa y ampliamente sugerente «everything machine» (algo así como «la máquina para todo») y la seguridad de su rigor en el tratamiento literario de los temas que aborda me convencieron de que, por esa vez y sin que sirva de precedente, era posible infringir mi norma no escrita y no demasiado habitual en el mundo editorial: no adquirir los derechos sin haber leído personalmente la obra.

Debo decir que no me arrepiento en absoluto. PAZ INTERMINABLE ofrece todo (y mucho más) de lo que yo había imaginado. Haldeman es hoy un nombre imprescindible y seguro en la historia de la ciencia ficción mundial. PAZ INTERMINABLE no desmerece en absoluto a la más famosa de las obras de este autor, LA GUERRA INTERMINABLE, de la que no es una continuación (el mismo Joe insiste en repetirlo), pero de la que no deja de ser una versión actualizada. En realidad, PAZ INTERMINABLE es una interesante y nueva exploración del tema de la guerra a la luz de lo que puedan aportar las nuevas tecnologías y, en concreto, la nanotecnología. Tal y como dice el mismo Joe Haldeman, sin ser una continuación, con personajes incluidos.

«PAZ INTERMINABLE es una prolongación de las ideas de LA GUERRA INTERMINABLE».

Quiero señalar, de pasada, que yo prefería que a esa máquina que cambia el futuro de la humanidad, e incluso la forma de guerrear del animal humano, se la llamara «everything machine», y no «nanoforge» (nanofragua). Para mí, el nombre de esa «máquina para todo» tiene reminiscencias mucho más potentes que ese «nanofragua» en que ha que-

dado al final. Me consuelo creyendo que, tanto a Joe como a mí, nos gusta seguir pensando en ella como «everything machine» y no «nanoforge». Al menos han sido varios los años durante los cuales la hemos denominado así... Les recomiendo que cada vez que lean «nanofragua», piensen realmente en «máquina para todo». Al menos para mí resulta mucho más sugestivo.

En cualquier caso, la nanotecnología está presente en esta novela como el deus ex machina que todo lo cambia y hace posible. Algo que convierte en realidad los sueños que K. Eric Drexler imaginara ya en 1976 y, sobre todo, lo planteado en su influyente libro sobre el tema: ENGINES OF CREATION (1987). La nanotecnología hace referencia a una tecnología de lo muy pequeño, tal y como indica el prefijo «nano» que corresponde, en el sistema métrico decimal, a 10^{-9} (ocho ceros y un uno tras la coma decimal), es decir, la millonésima parte de un milímetro.

Si la microtecnología se refería a máquinas con tamaños del orden de las millonésimas de metro, la nanotecnología contempla máquinas mucho más pequeñas, incluso de tamaño molecular, con átomos como componentes. Como era previsible, la ciencia ficción ha adoptado pronto ese concepto y, en alas de la imaginación creativa de algunos autores, ha recurrido también a esos posibles «robots a escala molecular» que predice la nanotecnología.

Si unimos esa perspectiva tecnológica tal vez inevitable al evidente interés de Haldeman por la guerra y la forma en que los humanos la viven y sufren, resulta perfectamente comprensible el alcance casi mítico de esta PAZ INTERMINABLE con la que un autor clásico vuelve una vez más a uno de sus temas más queridos.

En una reciente entrevista en Locus, Joe describía así esta nueva novela:

PAZ INTERMINABLE transcurre en la Tierra en un futuro cercano, cuando el viaje espacial no es todavía algo cotidiano y el Primer Mundo ha alcanzado un bienestar físico casi increíble gracias a la nanotecnología, concretamente gracias a algo llamado «nanofragua» que es, en esencia, «la máquina para todo»: hace todo lo que uno desea siempre que disponga de las materias primas. El Primer Mundo no permite que esas nanofraguas salgan de sus fronteras y el Tercer Mundo sólo accede a ellas a cambio de seguir una política obediente y amistosa. Y por eso hay un buen puñado de guerras: más de cien países se hallan envueltos en insurrecciones activas a causa del enorme desequilibrio económico del mundo.

Julian, el protagonista, es un tipo muy parecido al William Mandela de *LA GUERRA INTERMINABLE*: un joven científico que ha sido apartado de su mundo e introducido en una máquina en la que pasa nueve días cada mes. Se trata de un concepto muy habitual en la ciencia ficción. Maneja un robot por control remoto —o más bien una especie de manifestación virtual de sí mismo—, que lucha en el campo de batalla, ya que la idea central es que es más barato reemplazar una máquina que a un ser humano con un entrenamiento excepcional.

Ante estas palabras, del mismo Joe Haldeman, no se me ocurre un modo mejor de sintetizar el contenido y alcance de la novela. Por eso vamos a utilizar estas frases del autor como información básica en la contraportada del libro. Son de lo más adecuado.

Aunque hay más. En estos últimos años, Haldeman ha publicado también otra novela, 1968 (1994), que, sin ser de ciencia ficción, incide también en el tema más querido por Haldeman: la guerra. Pues bien, para este escritor, LA GUE-

RRA INTERMINABLE, 1968 y PAZ INTERMINABLE *definen una especie de plano filosófico que, a juicio del autor, concierne a nuestra era de forma inevitable, ya que ha marcado nuestra vida intelectual: los problemas de la guerra y del pacifismo. Para Haldeman, la pregunta central es el porqué de la guerra y de su absurdo y, sobre todo, cómo la gente que lucha en esas guerras o los civiles que resultan bombardeados no están realmente interesados en la política que, se supone, parece justificarlas. Tal y como dice Haldeman, esas personas (todos nosotros en suma) «son las víctimas de la política». Y continúa con gran lucidez: «Nadie desea poner la bayoneta en la punta de un rifle y salir corriendo contra el enemigo... bueno, algunos lo desean, pero ¡esos son psicópatas!».*

De eso trata esta novela, brillante reflexión actualizada de la problemática que cubría LA GUERRA INTERMINABLE: la guerra, de los seres humanos que se ven involucrados en ella y, también, de los recursos tecnológicos que modifican la guerra en su superficie pero, en definitiva, nunca la cambian...

Pasen y vean. Vale la pena.

MIQUEL BARCELÓ

El hombre nació en la barbarie, cuando matar a su semejante era una condición normal de la existencia. Se le otorgó una conciencia. Y ahora ha llegado el día en que la violencia hacia otro ser humano debe volverse tan aborrecible como comer la carne de otro.

MARTIN LUTHER KING, JR.

Advertencia para el lector: Este libro no es una continuación de mi novela de 1975 La guerra interminable. Desde mi punto de vista como autor, no obstante, es una especie de secuela en la que examino algunos de los problemas de esa novela desde un ángulo que no existía hace veinte años.

JOE HALDEMAN

1

Todavía no había oscurecido por completo. La azulada luz de la luna se filtraba a través de las hojas. Y el silencio nunca era total.

Una gruesa rama chasqueó, el sonido apagado por una masa pesada. Un mono aullador macho despertó de su sueño y miró hacia abajo. Algo se movía allá, negro sobre negro. Llenó sus pulmones para desafiarlo.

Hubo un sonido parecido al de un periódico al ser rasgado. El torso del mono desapareció convertido en un oscuro chorro de sangre y órganos destrozados. El cuerpo cayó pesadamente por entre las ramas, partido en dos.

¿Quieres dejar en paz a los jodidos monos? ¡Cállate! Este lugar es una reserva ecológica. Y una mierda, calla. Práctica de tiro.

Negro sobre negro se detuvo, luego se deslizó a través de la jungla como un pesado reptil silencioso. Un hombre podría plantarse a dos metros y no verlo. En infrarrojo no estaba allí. El radar resbalaría por su piel.

Olió carne humana y se detuvo. La presa tal vez estuviera a unos treinta metros, a sotavento: un macho que apesataba a sudor rancio, con ajo en el aliento. Olor a arma engrasada y a residuo de pólvora sin humo. Comprobó la dirección del viento y retrocedió, dio la vuelta. El hombre estaría vigilando el camino, así que entró en el bosque.

Agarró el cuello del hombre desde atrás y le arrancó la cabeza como si fuera una flor marchita. El cuerpo se estremeció y borboteó y se cagó. Depositó el cadáver en el suelo y le colocó la cabeza entre las piernas.

Bonito detalle. Gracias.

Cogió el rifle del hombre y dobló el cañón en ángulo recto. Soltó el arma con cuidado y permaneció en silencio durante varios minutos.

Entonces otras tres sombras surgieron de la maleza; todas convergieron en una pequeña choza de madera. Las paredes eran latas de aluminio abolladas atadas a tablones; el techo era de plástico barato pegado.

Arrancó la puerta y una alarma sonó impertinente mientras conectaba un reflector más brillante que el sol. Seis personas en jergones; retrocedieron.

—No se resistan —tronó en español—. Son prisioneros de guerra y serán tratados según los términos de la Convención de Ginebra.

—*Mierda.* —Un hombre cogió una granada y la lanzó hacia la luz. El sonido de papel al rasgarse fue más suave que el del cuerpo del hombre al estallar. Una décima de segundo más tarde, aplastó la bomba como un insecto y la explosión voló la pared frontal del edificio y alcanzó a todos los ocupantes.

La negra figura estudió su mano izquierda. Sólo el pulgar y el índice funcionaban, y la muñeca hacía ruidos al rotar.

Buenos reflejos. Oh, cállate.

Las otras tres formas conectaron las luces y arrancaron el techo del edificio y derribaron las paredes restantes.

La gente de dentro, ensangrentada e inmóvil, parecía muerta. Pero las máquinas empezaron a comprobar su estado, y de repente una joven se dio la vuelta y alzó el rifle láser que ocultaba. Apuntó a la figura de la mano rota y consiguió arrancar una vaharada de humo de su pecho antes de ser destrozada.

La máquina que comprobaba los cuerpos ni siquiera había alzado la cabeza.

—No hay nada que hacer —dijo—. Todos muertos. No hay túneles. No encuentro armas exóticas.

—Bien, tenemos material para la Unidad Ocho.

Desconectaron las luces y se marcharon simultáneamente a toda velocidad, en cuatro direcciones distintas.

El de la mano rota avanzó casi medio kilómetro y se detuvo a inspeccionar los daños con una luz infrarroja. Se golpeó la mano contra el costado varias veces. Sólo dos dedos le funcionaban.

Maravilloso. Tendremos que entregarla.

¿Y qué habrías hecho?

¿Quién se queja? Gastaré parte de mis diez en el campamento base.

Los cuatro tomaron cuatro rutas distintas hasta la cima de una colina pelada. Permanecieron en fila unos cuantos segundos, los brazos alzados, y un helicóptero de carga llegó rozando las copas y se los llevó.

¿Quién causó la segunda muerte?, pensó el de la mano rota.

Una voz apareció en las cuatro cabezas.

—Berryman inició la respuesta. Pero Hogarth empezó a abrir fuego antes de que la víctima estuviera muerta sin ninguna duda. Así que, según las reglas, ambos comparten la muerte.

El helicóptero con los cuatro soldaditos colgando remontó la colina y tronó a través de la noche a la altura de la copa de los árboles, en total oscuridad, dirigiéndose al este, hacia el amistoso Panamá.

No me gustaba que Scoville usara el soldadito antes que yo. Hay que observar al mecánico que le precede durante veinticuatro horas antes de tomarle el relevo, para calentarte y adaptarte a la forma en que el soldadito puede haber cambiado desde tu último turno. Puede haber perdido el uso de tres dedos, por ejemplo.

Cuando estás en el asiento de calentamiento sólo observas; no estás conectado al resto del pelotón, cosa que

resultaría enormemente confusa. Vamos por turno estricto, así que los otros nueve soldaditos del pelotón también tienen reemplazos respirando sobre el hombro de sus mecánicos.

Uno oye hablar de emergencias en las que el reemplazo tiene que ocupar de pronto el puesto del mecánico. No cuesta creerlo. El último día sería el peor incluso sin la tensión añadida de ser observado. Si vas a venirte abajo o a sufrir un ataque al corazón o un colapso, suele ser en el décimo día.

Los mecánicos no corren ningún peligro físico, dentro del bunker de operaciones de Portobello. Pero nuestra tasa de fallecimientos e incapacitaciones es más alta que la de la infantería regular. No son las balas las que nos alcanzan: son nuestros cerebros y nuestras venas.

Pero sería duro para mí o cualquiera de mis mecánicos sustituir a la gente del pelotón de Scoville. Son un grupo cazador-matador, y nosotros somos de acoso y disuasión, A&D; a veces hacemos de psychops. No solemos matar. No nos seleccionaron por esa aptitud.

Nuestros diez soldaditos llegaron al garaje en cuestión de un par de minutos. Los mecánicos se desconectaron y los caparazones de los exoesqueletos se abrieron con facilidad. Los de Scoville salieron como si fueran viejecitos, aunque sus cuerpos habían sido ejercitados constantemente y ajustados a los venenos de la fatiga. Uno no podía evitar sentir que llevaba sentado nueve días en el mismo sitio.

Me desenchufé. Mi conexión con Scoville era superficial, no como la cuasi telepatía que enlaza a los diez mecánicos del pelotón. Con todo, era desorientador tener mi cerebro para mí solo.

Estábamos en una gran habitación blanca con diez de los caparazones mecánicos y diez asientos de calentamiento como bonitas sillas de barbero. Tras ellas, la pared. Era un enorme mapa iluminado de Costa Rica; luces de diversos colores señalaban dónde operaban unidades de solda-

ditos y aviadores. Las otras paredes estaban cubiertas de monitores y lecturas digitales con etiquetas en jerga especializada. Gente vestida de blanco repasaba los números.

Scoville se desperezó y bostezó y se me acercó.

—Lamento que pensaras que ese último arrebató de violencia era innecesario. Consideré que la situación requería acción directa.

Dios, Scoville y sus aires académicos. Doctorado en Artes y Oficios.

—Sueles hacerlo. Si los hubieras advertido desde fuera, habrían tenido tiempo de calibrar la situación. De rendirse.

—Sí, claro. Como hicieron en Ascensión.

—Eso fue una vez. —Habíamos perdido diez soldaditos y un aviador por culpa de una trampa nuclear.

—Bueno, la segunda vez no será en mi turno. Seis pedros menos en el mundo. —Se encogió de hombros—. Iré a encender una vela.

—Diez minutos para el calibrado —anunció el altavoz. Era el tiempo justo para que un caparazón se enfriara. Seguí a Scoville al vestuario. Se dirigió a un extremo para vestirse de civil; yo me fui al otro para unirme a mi pelotón.

Sara ya casi se había desnudado del todo.

—Julián. ¿Quieres hacerme un favor?

Sí, como la mayoría de nuestros hombres y una de las mujeres, sí que quería, como ella bien sabía, pero no se refería a eso. Se quitó la peluca y me tendió una maquinilla. Tenía un hermoso cabello rubio de tres semanas. Le afeitó con cuidado la zona que rodeaba el implante de la base de su cráneo.

—Ese último fue brutal —dijo ella—. Supongo que Scoville necesitaba el cupo de cuerpos.

—Lo tuvo en cuenta. Le faltan once para conseguir un E-8. Menos mal que no se toparon con un orfanato.

—Habría llegado a capitán directamente.

Terminé y ella comprobó mi cabeza, pasando el pulgar por la conexión.

—Suave —dijo.

Yo me afeitaba la cabeza aun cuando estaba de servicio, a pesar de que no es lo habitual entre los negros del campus.

No me importa llevar el pelo largo, pero no me gusta tanto como para ir por ahí todo el día sudando bajo una peluca.

Louis se acercó.

—Hola, Julián. Dame una pasada, Sara.

Ella estiró la mano (él medía uno noventa y Sara era pequeña) y Louis dio un respingo cuando apoyó la maquinilla.

—Déjame ver eso —dije. Su piel estaba un poco inflamada a un lado del implante—. Lou, esto va a ser un problema. Tendrías que haberte afeitado antes del calentamiento.

—Tal vez. Hay que elegir.

Una vez en la jaula, permanecías allí nueve días. Los mecánicos de piel sensible y a quienes el cabello les crecía rápido, como Sara y Lou, solían afeitarse una sola vez, entre el calentamiento y el turno.

—No es la primera vez —dijo—. Pediré un poco de crema a los médicos.

Los miembros del Pelotón Bravo se llevaban bastante bien. Eso se debía en parte a la suerte, ya que éramos seleccionados entre los candidatos adecuados por nuestra forma y tamaño, para encajar en las jaulas del pelotón y el perfil de actitud para A&D. Cinco de nosotros éramos supervivientes de la leva original: Candi y Mel, además de Lou, Sara y yo mismo. Llevamos cuatro años haciendo esto, trabajando diez días y librando veinte. Parece muchísimo más.

Candi es consejera matrimonial en la vida real; los demás somos académicos de algún tipo. Lou y yo somos de ciencias, Sara es especialista en política americana y Mel es cocinero. «La ciencia nutritiva», como él dice, pero un coci-